

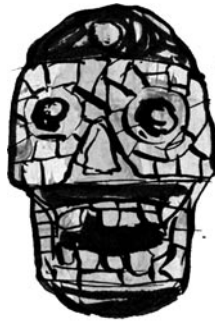
Ojalá Belascoarán,
en tiempos oscuros
como estos, te
cuide los sueños
como a mí.

PTT II



Belascoarán Shayne, Detective

Días de Combate  Cosa Fácil 
Algunas Nubes  No Habrá Final Feliz



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2022

Días de combate (1997), *Cosa fácil* (1997), *Algunas nubes* (1985) y *No habrá final feliz* (1989)

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://www.facebook.com/reinodecordelia)


 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25, 5 pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Paco Ignacio Taibo II, 2010

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2021

© Agencia de Derechos LATAM, 2022

Ilustración de cubierta: © Ulises Culebro, 2022

IBIC: FF | Thema: FF

ISBN: 978-84-19124-26-5

Depósito legal: M-23354-2022

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E.U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Belascoarán Shayne, Detective

Días de Combate  Cosa Fácil 
Algunas Nubes  No Habrá Final Feliz

Paco Ignacio Taibo II

Prólogo de Ángel de la Calle







Índice

<i>Prólogo</i> , por ÁNGEL DE LA CALLE	9
DÍAS DE COMBATE	II
I	17
II	41
III	55
IV	67
V La historia de la muchacha de la cola de caballo	77
VI	83
VII	97
VIII La historia del vecino español	115
IX	119
X El diario del estrangulador	127
XI	149
XII	185
COSA FÁCIL	195
I	201
II	219
III	225
IV	241
V	273
VI	295
VII	321
VIII Un cuaderno, un mapa, una carpeta con documentos y una carta	331

IX	339
X	353
XI	379
ALGUNAS NUBES	393
I	399
II	407
III	413
IV La historia de la Rata tal como Héctor la sabía y otras cosas que no sabía	425
V	431
VI	441
VII	449
VIII	457
IX La historia del comandante Jacinto Saavedra tal como solo él la sabía	469
X	473
XI	485
XII	491
XIII	497
NO HABRÁ FINAL FELIZ	499
NOTA DEL AUTOR	501
I	507
II	523
III Zorak	531
IV	537
V	543
VI Los entremezclados retratos de los tres vecinos del detective Héctor Belascoarán Shayne	551
VII	561
VIII Los Halcones	573
IX	579
X	597
XI	609
XII	621
XIII	627

Prólogo

por ÁNGEL DE LA CALLE

DE ENTRE LAS CHISPAS y rescoldos del mayo de 1968 fueron surgiendo escritores que de aquella experiencia política obtuvieron la vaga pero apasionante idea de que se podía cambiar el adoquín por el teclado y continuar la revuelta, el cambio de base del mundo, desde la Literatura. Lo que equivale a decir desde la novela, ese oscuro objeto del deseo de casi todo el que escribe.

A los participantes de esa revolución surgida de las máquinas de escribir los unía la misma pasión por recuperar la novela para los lectores, junto a la mueca de desdén por las vanas experiencias de la novela sin historia, sin contexto y sin autor que había sido la tónica de los años anteriores. De la mano de esa no pactada sintonía entre escritores jóvenes nos llegó el regreso a la novela de géneros populares, con nuevas miradas y un profundo compromiso político con los desfavorecidos por sociedades que empezaban a sufrir los primeros zarpazos del neoliberalismo, la doctrina política que dominaría el mundo hasta nuestros días.

Es de ese caldo cultural del que saldrán escritores como Jean-Patrick Manchette en Francia, Roger Simon en Estados Unidos, Manuel Vázquez Montalbán en España, Laura Grimaldi en Italia... y Paco Ignacio Taibo II en México.

Con la novela *Días de combate* (1976), Taibo II daría el grito de salida al neopolar latinoamericano. Apenas un par de años después de la aparición de *Tatuaje*, la novela protagonizada por el detective Pepe Carvalho de Manuel Vázquez Montalbán.

Cuando en 1974 Taibo II comenzó a escribir *Días de combate* ya había sido militante estudiantil en el año 1968, profesor de Historia, periodista cultural, organizador sindical, escritor de biografías de encargo y lector impenitente de casi todo.

Taibo II, nacido en Gijón en 1949 y emigrado a México ocho años después, había sido, como los escritores mencionados más arriba, capturado por las his-

torias de Dashiell Hammett y la poesía de Raymond Chandler; y seguramente por las lecturas de Alejandro Dumas, Leonardo Sciascia, Ray Bradbury, Philip K. Dick y otros muchos de la misma y disfuncional familia de escritores.

En *Días de combate* conoceremos a Héctor Belascoarán Shayne, el detective con licencia obtenida por correspondencia. A sus particulares vecinos de oficina. Su pasión por la muchacha de la cola de caballo. Su preferencia por la Coca-Cola. Su nunca satisfecho deseo de saber más de lo que aparece en la superficie.

Y lo mejor, la Ciudad de México que Taibo II cuenta como nadie. Ha sido tan imitada su particular manera de contar, de acercarse a esa megalópolis tan cruel pero tan amorosa, tan enorme pero tan próxima, tan infectada de dióxido de carbono como transparente, que ya no nos damos cuenta de en qué novelas surgió ese punto de vista para narrarla, esa mirada descarnada pero encantada del territorio urbano del Distrito Federal, esa Gorgona de la que no quieres alejarte aunque pueda devorarte.

Las novelas protagonizadas por Belascoarán son diez. Deberían haber sido cuatro, pero como en el caso de Sherlock Holmes la presión popular hizo regresar al detective de entre los muertos (privando al Vaticano del monopolio de la Resurrección).

Así el chilango Belascoarán, hijo de una irlandesa y un vasco, pudo continuar resolviendo los casos que la policía no podía o no quería resolver.

Las novelas de Belascoarán, tras el *boom* de la novela latinoamericana y el desbarajuste literario que lo sucedió, abrieron un nuevo camino y fueron brújula para el reencuentro con los lectores del español que, como también sucedía a tantos escritores, estaban perdidos en las estanterías del ombliguismo literario y las novelas de la falta de sustancia.

Estamos ante uno de los más importantes ciclos de novelas de la literatura contemporánea en español. Este volumen, aparte de la iniciática *Días de combate*, se completa con *Cosa fácil*, *Algunas nubes* y *No habrá final feliz*.

Como dijo un crítico francés, en los libros de Belascoarán Shayne la mejor literatura se une con la más elaborada intriga y con el abundante humor, tan necesario en un tiempo en que la violencia y el abuso es la ley.

ÁNGEL DE LA CALLE
Gijón, 2022

Días de Combate





Para Marina, que quería meterle mano a las teclas de la máquina.

Para Belarmino, *el Cabezón* y Francis que decían que iban a escribir una novela policíaca en horas de oficina.



Sintiendo que el campo de batalla le pertenece,
empezó a obrar por sus propios medios.

LEV TROTSKI

El abismo no nos asusta,
es más bella el agua despeñándose.

RICARDO FLORES MAGÓN

I

Y las tinieblas cubrían la superficie del abismo.

Génesis

—**A**BUSADO¹, GÜEY, que me los pisa —le dijo al plomero², con el que compartía el despacho.

—Pues *pa'* qué los pone en el suelo.

—Para verlos todos, carajo.

—¿Al mismo tiempo?

—A la mierda.

—Una hermana —vaticinó impertérrito Gilberto el plomero, se ladeó la gorrita de Sherwin Williams³ y salió.

Héctor esperó el chasquido de la puerta y prendió un cigarrillo. Lo fumaba despacio, lleno de calma, como si el insulto le hubiera dado la dosis de paz necesaria para volver a encaminar las ideas en el riel.

Hacía frío afuera, más frío que de costumbre. En los últimos minutos, los ruidos del tránsito habían comenzado a crecer; el torrente de la jodida fiesta de humo y claxonazos, escapes aullando y semáforos en rojo: la sinfonía de las siete de la noche. Héctor caminó hacia la ventana y la cerró. Luego volvió a contemplar los periódicos desparramados ordenadamente por el suelo. Las lecturas tempranas de Hemingway lo habían convencido de que uno termina invariablemente compartiendo

¹ Cuidado. (Todas las notas son de los editores).

² Fontanero.

³ Marca norteamericana de pintura industrial que regala gorras de obrero con su logotipo.

algo con el enemigo. Que la caza es el proceso en que la presa y el hombre se van identificando; pegando el sudor ajeno al propio, buscando una piel única que culmina con la muerte. Por eso, buscaba una y otra vez en los periódicos: una imagen, una idea, una pista, una forma. Un enemigo tangible. Pero el fantasma se diseñaba cada vez más difuso, más próximo al sueño, al encuentro accidental. Los lugares comunes se volvían un asedio que Héctor rehuía y desviaba con la paciencia del caballero medieval imbatible y bendito, rodeado de sarracenos empeñados en chingarlo.

El ruido se iba acumulando tras los cristales y desapareciendo en la noche; Después de aquel cigarrillo siguieron cuatro más. La ceniza se esparcía casi invisible formando una carretera que seguía fielmente los pasos de Héctor.

Había perdido la idea original y había pasado a ojear otras historias accidentalmente incluidas en los recortes de periódico: sociales, carteleras de cine, discursos del gobernador de Nuevo León.

—Al fin y al cabo pura nota roja⁴ —musitó Héctor y sonrió ante el desliz.

En un país donde la nota roja había trascendido de su lugar de origen a las páginas de sociales, se había escondido en la cartelera de los cines, en las páginas de deportes. En un país donde es nota roja las declaraciones del diputado, nota roja las frases del secretario de Gobernación, nota roja la boda Lanzagorreta-Suárez Reza, nota roja los comentarios del entrenador del Cruz Azul. Nota roja, incluso, los anuncios clasificados, pensó sonriendo.

—En un país como este —pensó en voz alta, y apagó la última colilla. Buscó en la cartera un boleto del metro y se limpió las uñas con él, mientras revisaba por última vez los periódicos.

Se acomodó la pistola en la cintura evitando que la mira le lastimara los testículos y salió lentamente hacia el frío.

En el elevador se frotó los ojos desperezándose y contempló de reojo a una secretaria que prudentemente se había colocado hasta el otro extremo.

El frío de la calle lo lanzó de nuevo hacia el riel de las pequeñas ideas inútiles. Se contempló en una vidriera. Siguió caminando. Una música navideña, que salía de una tienda de discos, le resultó molesta.

⁴ Sucesos, noticias sensacionalistas de crímenes.

Cuando estaba entrando en la boca del metro Pino Suárez, volteó inquieto como si algo lo estuviera siguiendo. Inmerso en el manantial de la gente fue impulsado por el metro (estaciones y letreros, entradas y salidas, transbordos, un cate tomado al volapié en Balderas) hasta la salida Tacubaya Sur de la estación Chapultepec. El frío le pegó de nuevo en la cara y sintió cómo los engranes habían vuelto a funcionar después del aplazamiento. Fue hacia su casa dando pequeños rodeos para comprar pan en La Queretana, y leche, jamón y huevos en una pequeña tienda de abarrotes que solo tenía como razón social visible un letrero de Orange Crush. Una mujer de ochenta años lo detuvo a media cuadra de la casa para pedirle limosna; traía un saco lleno de pan duro en la espalda, y le contó una larga historia sobre la necesidad que tenía de operarse los ojos. Héctor le sonrió y le dio todo el dinero que traía, cosa de ocho pesos. Caminó hacia el edificio de departamentos mientras recordaba la mejor explicación que su exmujer le había dado sobre por qué se separaron: «El día en que sepas para qué me quieres, vienes y me lo dices». Pensó, mientras esbozaba una sonrisa, mitad gesto congelado, que no era nada convincente decirle que quería acostarse con ella otra vez. Era el camino que había elegido. Subió poco a poco la escalera y entró a su casa. Cuando encendió la luz, los ojos buscaron el calendario para constatar que faltaban quince días para su cumpleaños.

Treinta y uno, ¿no?, se preguntó. Entró a la recámara cuidando de no pisar los periódicos extendidos cuidadosamente por el suelo. Cayó sobre la cama, bebió la leche directamente del envase y comió un par de bolillos con jamón, sacudió las migajas, encendió el radio; dio un par de vueltas en torno al librero⁵. Tomó, después de pensarlo un poco, *Los aventureros* de Malraux, se tiró encima de la cama, leyó un par de horas y se quedó dormido. En medio de los sueños, sintió que en el riel comenzaba a moverse el tren. Se medio despertó, se sacudió un poco de la bruma y se desnudó. El sueño lo volvió a pescar cuando se metía en el lado de la cama donde las sábanas seguían heladas.

⁵ Estantería, balda o mueble para guardar libros.

—¿Y USTED, qué, no trabaja?

Había añadido nuevos recortes y los estaba observando con cariño.

—Pago la renta, ¿no?

—Ni qué —dijo el plomero mientras acomodaba sus útiles en su parte de despacho.

Seguía haciendo frío, a pesar del sol mañanero que pasaba a través de los vidrios sucios. El despacho estaba abierto al ruido de Pino Suárez; al ruido de las oficinas de al lado, llenas de abogados, empresas fantasmas, pequeños sindicatos charros, un dentista arrugado por el paso del tiempo sin clientes; una distribuidora de cuentos de manitos, y un baño excesivamente cercano y oloroso. La placa le provocaba a veces risa, a veces un coraje lento, y una que otra vez una vaga sensación de orgullo.

BELASCOARÁN SHAYNE

Detective

GÓMEZ LETRAS

Plomero

Tenía para tres meses más de renta y comida, después tendría que arrastrarse al viejo empleo, o buscar uno nuevo.

—¿Y qué, pagan algo por agarrar a ese? —dijo Gilberto el plomero.

—No, creo que no...

—¿Y por qué no le da a otras chambas...? O de jodida le entra de madrina a la Judicial... Si le gusta lo de policía...

Héctor pensó que no valía la pena contestar. Recogió los periódicos medio manchados por las frecuentes pisadas de Gilberto, los guardó en medio de una cartulina doblada y se fue a comer con Teodoro y su mujer.

En la entrada del metro, volvió a sentir la sensación de ser vigilado y reaccionó girando la cabeza: una respuesta vertebral.

Metió el boleto en la ranura automática, compró *La Extra*, pensó que con el dinero que le quedaba podía irse: a Los Ángeles; a Buenos Aires, a Belgrado, al carajo...

Al carajo. Vivir, era correr buscando un lugar donde meter la vida. Que alguien te metiera un tiro porque sí, para que mereciera la pena la tromba en la que uno danzaba. El amor era el fraude del que iban prendidos él y el viejito que pegaba timbres en las postales navideñas. Había una fiesta en los escaparates de ropa barata de Milano, en las tortas de a dos pesos, en los ojos brillantes de una quinceañera que caminaba recta sobre unos zapatos tenis y en sus tobilleras. El último monumento sobre la Tierra, la muchacha que se cepillaba el pelo, y el viejo que contemplaba el timbre pegado firmemente.

Héctor sintió un escalofrío, era el aire inhumano del metro y la fiebre que crecía.

Se puso a leer el periódico con las dos manos temblorosas. Los carros del metro llegaron aullando y se lo llevaron. La estación vacía volvió a llenarse poco a poco.

—¿Y QUÉ, no has encontrado mejores motivos?

—Ninguno.

—¿No te parece absurdo? —preguntó Teodoro mientras ayudaba a su mujer a colocar los cubiertos.

Héctor estaba hundido en un sillón de plástico y miraba hacia la calle mientras fumaba. Los hombrecitos del suelo, los arbolitos, los cochecitos. La ciudad diminuta y suave, blandengue y sonrosada. La ciudad lenta, de clase media afable. La ciudad inventada por los que viven en un séptimo piso.

—Supongo que son absurdos.

—¿El qué? ¿El qué son absurdos? —preguntó Ana María.

Los vasos, la jarra de agua de limón, la mantequilla, la barra de pan negro, la fuente con ensalada de tomate, el salero.

—Sus motivos para ser detective. —Teodoro apartó unos libros del sillón y buscó el encendedor.

Héctor esbozó una sonrisa. Luego la idea se le metió en la frente, y la sonrisa se dispersó en la boca. Fastidiaba; fastidiaba bastante la ausencia de aristas, de bordes, de violencia. Hacían un matrimonio pastoso, dulce. Héctor se sentía amel-

cochado; un poco envidiando la suavidad de la casa, del disco de *bossa nova*, de la mesa arreglada, de los libros ordenadamente desordenados que se apilaban por lugares no excesivamente molestos. Buscó con la mirada algo de qué asirse, algo que lo remitiera al vendaval, al huracán que afuera seguía gimiendo. Al huracán que, por qué no, necesitaba inventarse todas las mañanas para seguir viviendo. Debería tener dolor de muelas, o estar convaleciendo de una herida de bala. El guerrero reposando, algo así. No el reposo sin sentido al que se estaba sometiendo. Dudó entre sentarse a comer o irse. Incluso barajó dos o tres posibles excusas.

—Teodoro piensa que no son suficientes motivos para ser detective apellidarse Belascoarán Shayne. Ser hijo de un capitán de marina vasco y de una cantante irlandesa de folk —dijo y pasó a sentarse.

Con un gesto, Ana María obligó a Teodoro a que no encendiese la pipa, y sonrió condescendiente.

—No, motivos son suficientes. Pero suena muy neoyorquino, muy cosmopolita, poco mexicano: Sospecho que no es demasiado serio.

Héctor revisó sus motivos y sus actos seriadados, casi mecánicos, de los últimos días, mientras le ponía sal a la sopa.

Alquilar un despacho, compartirlo con un plomero, poner un escritorio viejo sacado de la Lagunilla, hacer colas interminables para sacar una licencia de detective, terminar comprándola en una academia que daba cursos por correspondencia, conseguir una pistola, registrarla, sacar cédula profesional. Sentarse en el escritorio y esperar fumando, colgar una placa reluciente, rechazar al licenciado Suárez, vecino de piso, cuando ofrecía contratarlo para averiguar los malos pasos de una hija diecisieteañera. Sonreír a medias, perder la sonrisa y, mientras tanto, recortar. Recortar pedazos de todos los periódicos, adivinar, leer entre líneas, reconstruir, reorganizar en la cabeza calles y casas, refabricar ambientes, sugerir pequeñas ideas al tren que iniciaba su lento camino por el riel. Recortar, acomodar en el pisó... Ir poco a poco creando la idea del cazador, la idea de la presa.

—Suena divertido —dijo Teodoro saliendo de su ensimismamiento. Ana María sonrió.

Divertido, no, pensó Héctor. Divertido, definitivamente, no.

Otras cosas. Intenso, terrible, irracional, apasionante. Mucha pasión sobre cada pequeño acto para darle la categoría de fundamental. Mucho amor en la caza que había iniciado.

—¿Has visto a...? —preguntó Ana María.

—Sí, la vi en la calle, a lo lejos, el otro día... Solo de lejos.

—No te molesta que hablemos de eso, ¿verdad? —intervino conciliador, Teodoro.

—No, en absoluto.

—Es la primera vez que hablamos... Y, este... resulta absurdo, ¿no?

—Totalmente.

—Absurdo, porque no debería darle tantas vueltas. Desde que entraste quería preguntarte por qué pasó todo eso.

—¿El qué?

—La separación, el que dejaras el empleo así de un golpe. Todo, pues.

—No sé muy bien.

—Claro, si no quieres...

Ana María puso la fuente con el guisado en el centro de la mesa.

—No creo que pudiera explicar nada, ni yo mismo lo sé bien... Ni yo...

—Héctor se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Este... —dijo a modo de despedida,

—Espera, oye, Héctor —dijo Teodoro.

RENTÓ UN COCHE y salió de la ciudad. Llegó hasta Contreras, abandonó la carretera y estuvo un par de horas disparando contra un lejano blanco casi imaginario. Trabajó fríamente, aprendiendo las superficies, las curvas, los pequeños mecanismos de la pistola. Cuando el frío aumentó, se subió el cuello del saco y regresó al coche. Manejó despacio, con el radio encendido y las ventanas cerradas, hasta la agencia. Pagó rigurosamente los kilómetros usados. Salió nuevamente a la calle y se sentó en el primer parque que encontró después de caminar media hora.

LA MUERTE REPOSABA sobre la ciudad como un halo; un halo suave, incoloro, intangible. Héctor, desde la banca helada en la que estaba sentado, iba situando los límites, los perfiles:

Al norte, la Industrial Vallejo, una calle sin nombre, con dos fábricas, un baldío, una gran bada gris. En el rompevientos azul del cadáver, en la bolsa superior, junto a una pluma atómica y una libreta de direcciones, el primer mensaje: *El cerebro asesina*. Era la broma cruel, la última patada en el hocico a la muchacha muerta. El periódico extendido en la oficina declaraba una edad vaga (entre los trece y los dieciocho).

La foto no dejaba ver mucho más: un suéter claro bajo el rompevientos, una falda pegada de color oscuro, un peinado de salón; tez oscura. Hora posible del deceso: las 9:30 de la noche (de 8:30 a 10:30). Hora del descubrimiento del cadáver: 11:00 de la noche. Una patrulla de tránsito que seguía a un Ford Falcon gris por haberse pasado un alto en la glorieta de Vallejo descubrió a los mirones que rodeaban el cuerpo.

Dos días más tarde había sido identificada como «Amelia Valle Gutiérrez, dieciséis años, estudiante de secundaria en la Aquiles Serdán, hija de Feliciano Valle, machetero repartidor de la Sidral Mundet, y Josefina Gutiérrez de Valle, ama de casa, segunda de siete hermanos... Había salido a comprar el pan y no regresó. «No la buscamos porque a veces se...».

—Dos al pastor, un agua de jamaica y una quesadilla —pidió.

Se había metido en una taquería cuando el frío había apretado. Mientras mascaba mecánicamente la comida, el tren sobre el riel comenzó a descarrilar. Un asesino que repite seis veces la misma mecánica, que mata seis veces a mujeres que probablemente no conoce. En una ciudad como México. El primer crimen hace un mes, luego a los diez días otro, y diez días más tarde el tercero. Después, el tiempo entre acción y acción había disminuido; los tres últimos se habían amontonado en la última semana. Las manchas rojas en el calendario de Héctor, a lo lejos parecían una línea: martes-jueves-viernes.

—Otros dos al pastor, y uno de chuleta.

¿Qué había presionado al asesino? ¿Por qué se había disparado? Estaba en la última etapa de una carrera y se había lanzado en un *sprint* furioso. El mundo

había empezado a arder en torno a él y estaba esperando el final. Héctor machacaba lentamente todas estas ideas simples, las reducía a su mínimo contenido. Ahora, estaba cansado. Antes, durante todo un mes, había navegado en los laberintos de la complejidad; había navegado por la cabeza del asesino y por la suya propia con la desesperación del suicida. Ahora, quemaba el suelo bajo sus pies. Había recorrido calle tras calle, había intentado pensar como el hombre que rascaba en la purulencia de la ciudad rastreando víctimas.

En los últimos días, los simulacros de Héctor habían asustado a varias adolescentes, a una señora que volvía del mandado y a una secretaria que esperaba a su novio en la esquina de San Juan de Letrán y Artículo 123.

Había intentado investigar científicamente: revisar archivos de violencias conyugales sangrientas en los últimos diez años, hacer tablas de horarios (no había coincidencias notorias), de las zonas (cualquier parte de la ciudad fue escenario), de las edades de las muertas (16, 40, 27, 25, 52, 19), de sus ocupaciones (estudiante, prostituta, secretaria, maestra de primaria, dentista, estudiante), de sus procedencias sociales (clase media y baja) que no indicaron nada. De sus pasados (nada en común, excepto que la última estudiante y la doctora dentista habían estudiado en la misma secundaria con veintidós años de diferencia), de sus hábitos (y este había sido el caos: coincidencias en cines, lugares donde compraban ropa, dos de ellas frecuentaban una nevería⁶, otra arreglaba sus útiles domésticos en el taller del padre de la secretaria). Había incluso buscado en el clima... Y ni siquiera la lluvia fina de noviembre aparecía como una constante a pesar de que él insistió en imaginárselo así. Y hurgaba en el monstruo en el que se había sumergido. La ciudad comentaba, se inquietaba despreocupándose. La policía utilizaba sus métodos tradicionales: la mexicana alegría (torturar a cuarenta lumpenes, soltar cien pesos a cien chivatos del hampa policíaca y aumentar el número de patrulleros nocturnos; advertencias a las amas de casa para que no abandonaran muy tarde sus hogares, para que no anduvieran solas). Y Héctor seguía hundiéndose en el agujero, con sus periódicos extendidos en el suelo de la oficina, sus insomnios, sus tics, su pasado

⁶ Heladería.

que se diluía en la cacería. Un mesero⁷ se acercó a retirar los platos usados y le pidió dos tacos más; la perspectiva de abandonar la taquería y salir nuevamente a la noche no le seducía. Mientras tanto, el dinero de la indemnización se iba terminando. Terminaré cantando en los camiones con un perro al lado, pensó. Y sí, ese era el camino para encontrar de nuevo el triunfo. La desazón de «hacer las cosas bien» de la que estaba huyendo desde hacía un par de meses. El mesero pasó a su lado rozándolo. Automáticamente Héctor levantó la mano para ordenar, pero se sentía lleno. Encendió un cigarrillo y salió a la calle. Sombras, faroles brillantes. Ahí, con el primer golpe de frío, recibió la luz. Fue como un martillazo, como un hachazo a mitad de la cabeza. Entró de nuevo a la taquería precipitado pero intentando frenarse, conteniendo la angustia. El mesero le sonrió y comentó algo sobre el frío que hacía afuera. Héctor le devolvió la sonrisa, pidió un café de olla, se sentó y extendió el papel arrugado que guardaba en el bolsillo.

- I. *El cerebro asesina*, primer cadáver.
- II. *No tengo las manos sucias de sangre. El cerebro*, segundo cadáver.
- III. *El cerebro no asesina. Mata limpio*, tercer cadáver.
- IIII. *Susía muerte ya, cerebro*, cuarto cadáver.
- IIIII. *Cerebro. Ya*, quinto cadáver.
- IIIIII. *Yo, cerebro*, sexto cadáver.

Había elementos notables en las seis notas: inicialmente, la falta de ortografía en «cerebro» parecía una burla. La corrección en la quinta nota ponía el punto de interrogación sobre esta idea que Héctor manejó como una hipótesis precisa y ajustada a las primeras imágenes mentales que tenía del asesino. Luego pensó que la rectificación había sido la respuesta del asesino a la prensa que había insistido en las faltas de ortografía de la primera nota. Sin embargo, la corrección tardía señalaba que el asesino no había leído los periódicos. La idea no le gustaba demasiado. El hecho de que firmara todas las notas hacía aparecer una contra-

⁷ Camarero.

dicción entre esta suposición y la egolatría, la necesidad del asesino de mostrarse ante el mundo. La redacción y la falta de ilación, por otro lado, hacían presuponer al asesino como hombre de una cultura muy inferior a la normal. Héctor naufragó cuando logró poner los seis mensajes juntos. Había una ilación, una ilación aparentemente primaria, pero que hacía pensar en algo más construido, más elaborado. La contradicción entre la primera y la cuarta nota parecía surgida de la necesidad de responder, de afirmarse ante una pregunta autoformulada. Todo era demasiado sencillo para ser así. Y ahora, la supuesta clave que significaban las rayitas al lado de cada nota, como las rayas que van poniendo los camareros cuando les ordenan varias veces el mismo plato...

O como las rayas de los niños que están aprendiendo a escribir, o como las rayas de los jugadores de dominó. Pero no, los jugadores de cartas o dominó cruzaban la quinta raya sobre las cuatro anteriores para separar paquetes de cinco y facilitar el conteo general.

Se mordió el labio. Había que desechar la hipótesis, o por lo menos, no darle tanto peso. ¿Si cambió la ortografía hasta el quinto asesinato es porque lee superficialmente los periódicos?, se preguntó. Terminó el café de un sorbo. Sonrió y salió a la calle.

Una viejecita que vendía tamales le sonrió sin verlo. Héctor devolvió la sonrisa y cruzó la avenida mientras veía como hipnotizado las luces de un tranvía.

TENÍA UNA PLAYERA BLANCA con un agujero. Era una playera sucia, desgastada, cubierta permanentemente por una camisa blanca o una chamarra. En la casa solo usaba playera, más que una playera, una camiseta, una camiseta de manga hasta el antebrazo, con cuello redondo; el agujero partía del sobaco derecho, no, del izquierdo, y corría estrechándose hasta la tetilla. Estaba parado en la esquina del cuarto. Las paredes estaban sucias, gris sucio; había un letrero pintado a mano en una de ellas: «Yo te la meto», acompañado de un dibujo obscuro, muy elemental. La cara no se le veía bien, era como una mancha imprecisa. Y sin embargo, se dio cuenta de que tenía grasa en el pelo y que no llevaba bigote ni patillas.

Algo más se concretó, los pantalones vaqueros, azules, desgastados, y los pies descalzos. Sucios y descalzos.

El hombre observado de repente reaccionó y giró lentamente hacia Héctor, que intentó ocultarse. El hombre solo se le quedó mirando y Héctor buscó la pistola que no estaba en el lugar habitual. El hombre no hizo intento de acercarse. A lo lejos comenzaban a sonar las sirenas de las patrullas. Los aullidos de la Cruz Roja. Héctor quiso retroceder pero solo encontró una pared. El hombre se le quedó mirando. A pesar de la poca distancia, Héctor no pudo precisar su edad, ni la forma exacta de su cara. Los rechinidos de las llantas indicaron la cercanía de los policías. El hombre no hizo intento de huir. Se quedó inmóvil esperando. Dos policías de azul con ametralladoras y uno vestido de civil entraron disparando.

—Este, ese cabrón —dijo el civil apuntando a Héctor.

El hombre se deslizó por la ventana y sonrió dulcemente. Héctor le devolvió la sonrisa mientras las ametralladoras comenzaban a disparar sobre él. La muerte entró en su cuerpo mientras se oían los acordes del se-levan-ta-en-el-mástil-mi-bandera y musitaba: «Pendejos. No era yo».

Los calambres recorrieron todo el cuerpo y se despertó. Se aferró a la realidad cotidiana del cuarto, a la vida. Estaba sudando por cada uno de los poros. La luz del amanecer entraba por un pliegue de las cortinas. La angustia le había creado un nudo un poco más abajo de la garganta, la boca seca, la nariz tapada. Sintió ganas de llorar. El cuarto devolvía la desolación que Héctor con paciencia había estado construyendo durante estos meses. La necesidad del llanto se le fue disolviendo poco a poco en una sonrisa entre amable, cándida, cruel y autocompasiva: fueron tantos tacos y tantos cigarros... pensó.

LA CIUDAD era como una enorme pista de patinar en la que cobraban quinientos pesos la entrada. Y pocos tenían quinientos pesos... Los demás veíamos desde la banqueta, pensó Héctor. ¿Pero de dónde había sacado sus quinientos pesos el asesino? Había precisado sus recorridos nocturnos a una sola zona de la ciudad, y rigurosamente hacía guardia de siete de la noche a las ocho de la mañana. Des-

pués de trece horas de caminar incesante por la ciudad, no le quedaban ganas de pensar en nada. Divagaba. Trece horas caminando que movían su pequeño tren mental por el riel hasta descargar en él todo lo que tenía dentro. El tren carguero de Héctor Belascoarán Shayne.

Así se fue abriendo un nuevo planeta. Empollándose en el cascarón de la niebla del amanecer, rompiendo los vahos, las colas del metro, los ruidos primeros.

Pariendo de las mangueras con las que las sirvientas lavaban el coche y de las colas de la leche y del olor a pan sorprendido tras una reja cerrada que ocultaba la panadería y las catorce horas de trabajo de los tahoneros. Así se fue abriendo una nueva ciudad para el buitre de gabardina blanca que planeaba sobre ella, que se acodaba en los mostradores para comprar cigarrillos, que se dejaba caer somnoliento en las bancas de los parques, que caminaba, que caminaba, que caminaba.

Incesantemente, el pequeño motor oculto en la columna vertebral de Héctor convertía los pasos en metros, en kilómetros; su gabardina blanca se iba llenando de polvo. Los ojos como los ojos del buitre, como el centro de una mira telescópica, iban acumulando observaciones inconscientes, deseos, sueños, sugerencias.

La muchacha de la diminuta falda gris, el petulante policía de tránsito, los tres adolescentes que fumaban por primera vez en el asiento trasero de un camión, la banda de niños huyendo de la escuela, la sirvienta que iba por el periódico... Y los millares de anónimos personajes más...

A partir del cuarto o quinto día comenzó a dejarse llevar por las intuiciones. Perdió dos tardes siguiendo a un mecánico porque le sorprendió en los ojos una mirada inquieta dirigida a una secretaria nalgona y coqueta.

Un viejo grisáceo fue objeto de una silenciosa persecución. Y más tarde, un taxista terminó preguntándole si traía algo con él cuando abordó el taxi por tercera vez.

Pero no todo fue decepción. La ciudad se le abría como un monstruo, como el vientre fétido de una ballena, o el interior de una lata de conservas estropeada. En sus escasas horas de sueño, sueño de hombre agotado, de trabajador vapuleado por la jornada, la ciudad se convertía en personaje, en sujeto y amante. El monstruo le enviaba señales, soplabas brisas llenas de extrañas intenciones. La selva de

antenas de televisión bombardeaba ondas, mensajes, comerciales. El asfalto, las vitrinas, los muros, los coches, las taquerías al carbón, los perros vagabundos le hacían un lugar en su ritmo.

A los once días Héctor se aproximaba a un estado fronterizo a la locura.

ERA UN JUEVES y había estado caminando por las colonias de la parte de atrás del Casco de Santo Tomás; la Progreso Nacional, la calzada de los Gallos, la Victoria de la Democracia. Había estado vagando entre las vías del tren de la parte posterior de la estación Buenavista, en los campamentos de los peones de vía, entre las mujeres que lavaban y los niños que jugaban en la tierra seca y desgranada alrededor de los durmientes y las vías muertas.

—Carajo, ya ni el sol me calienta —musitó.

Se detuvo un instante, contempló alrededor suyo lentamente. Y logró escapar de la fascinación que ejercía aquel pozo sin fondo.

Caminó rápidamente sobre la vía del tren y luego se desvió hacia Insurgentes. En la primera caseta telefónica marcó el número del primer teléfono amigo que le vino a la cabeza y se hizo invitar a comer.

El estrangulador estaba cada vez más lejos. Sin embargo, la ciudad que lo había construido estaba más cerca.

SE FUE EN METRO para no perder la costumbre, y mientras la gente lo empujaba, revisó la primera plana del periódico del mediodía. Hojeó las noticias principales y definió sus simpatías: en el conflicto entre Honduras y El Salvador: neutral. En la guerra del Medio Oriente: con los palestinos. En la bronca entre los negros y la policía de Nueva York: con los negros. No está mal, pensó. Algo así como si de tres hubiera acertado los tres.

La idea lo persiguió tenazmente hasta la casa de Mónica, a la que encontró poniendo la mesa y librándose de un primito suyo que había venido a gorronearle los cigarrillos.

El chavo, de unos trece años, sonrió maliciosamente antes de irse, y acabó de estropearle la comida a Héctor.

Después de comer discutió con Mónica casi sin motivo. Los lazos del pasado no eran lo suficientemente sólidos. El presente, una boca de mina, un túnel cegado. Aun así no perdió oportunidad de admirar las piernas de la anfitriona y entre risas, o medias risas, o ceños fruncidos...

Y ENTONCES SE PREGUNTÓ de qué lado se pondría el asesino.

—Ay, Héctor, sigues igual —dijo Mónica.

Y Héctor sonrió como Steve McQueen. Luego encendió un nuevo cigarrillo. Mónica caminó hacia la cocina para traer un par de cervezas. Héctor expulsó el humo y adivinó que terminaría acostándose con ella.

El regreso del frío. Eso era, el regreso de una semana de perros, de sombras, de entrar en la piel del asesino. «Ay, Héctor, sigues igual», parafraseó a Mónica y casi sintió en el interior de la cabeza cómo brotaba insulso, pendejete, el mismo tono de voz. Y luego musitó: «Mierda que sigo igual. Tengo el jodido vicio de ser como soy. Por eso disimulo».

Mónica regresó contoneándose de la cocina. Héctor pensó que movía las nalgas más que cuando había entrado. Pensó en los botes de especias: comino, sal de ajo, pimienta blanca, hierbas de olor, movedor de nalgas, tomillo...

—¿Detective? ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Y en México!

—Sí, ¿verdad?

—En la prepa, Martita, ¿te acuerdas?, la muchacha esa, chaparrita, la que era mi compañera de banca, siempre pensaba que tú eras un poco loco... Lo que pasa es que estaba muy enamorada de ti.

La muy piruja, pensó Héctor y no pudo dejar de expulsar una carcajada.

—¿Enamorada de mí?

El asesino, carajo. El asesino, pensó Héctor.

—Algo así, tenías fascinada a la mayoría de las muchachas de la clase... Sobre todo cuando golpeaste al profesor Benyon, el de inglés...

El asesino, coño, y avanzó hacia Mónica que desde que se sentó mostraba impávida ocho centímetros cuadrados de pantaleta rosa.

Hicieron el amor en la alfombra.

EL AMOR, esa piedra de esmeril que se desgasta mientras afila nuevamente la espada que descarga el tajo del amor.

Mónica se dejaba escuchar a veces sobre el suave sonido del tocadiscos. Las gotas de agua, la canción en la regadera. Héctor fumaba un puro que algún precursor en la cama de su amiga había dejado en un cajón.

—Soy un cabrón —dijo, y se levantó para irse sin dejar ninguna huella, ningún rastro. Quizá su semen, o la ceniza del puro de otro.

En la calle se sintió menos presionado, más suave. Inconscientemente caminó hacia el metro. Parecía el punto de arranque de sus angustias.

Y lo que pasa es que no querías meterte en el ritmo de la muerte. Presentías un desenlace rápido. Sentías cómo el estrangulador iba apretando en tu sien el nudo de su locura. Pero ¿lo sentía? ¿Era él, o el estrangulador el que aumentaba el ritmo de sus palpitaciones? Héctor comenzó a pensar que, en el fondo, se había inventando toda esta terrible progresión. La idea le atraía desde un ángulo diferente al habitual.

Esto podía durar meses, o quizá años enteros... Respiró a fondo. Decidió ir hacia su viejo trabajo.

¿Y CUÁL ERA SU VIEJO TRABAJO? El dar vueltas y vueltas a sus extrañas ideas. Ningún curso de detective por correspondencia iba a dotarlo de una mentalidad deductiva afinada. Esto era un trabajo como cualquier otro, de rutina; de rutinas que van abriendo huecos. Hasta que el hueco es tan grande que son las fauces del dragón y te devoran.

El peregrinar por la ciudad lo depositó en un pequeño café cerca del Monumento a la Revolución. Un café de judiciales y de líderes sindicales charros. Un café de burócratas y vendedores ambulantes. Y ahí se tomó tres americanos, uno tras otro, casi sin darle reposo a la taza anterior. En 1959, cuando él estaba en

tercero de secundaria y tenía quince años, los judiciales dispararon a los ferrocarrileros desde ese café. Era la época de grandes manifestaciones incomprensibles, de obreros manchados de grasa con la llave Stilson en la mano retando al Estado y enfrentando las balas de la policía, y él no había entendido nada. En aquella época bastaba con pelear suavemente contra una madre dominante, una novia que se negaba a ir al hotel, un maestro de cálculo que lo traía jodido, y un tío arquitecto que se empeñaba en que dejara de estudiar y que entrara a trabajar de capataz en una obra.

Dos años más tarde, pensó que entendía. Cuando las huelgas estudiantiles de apoyo a los chóferes de camión. En segundo de prepa, el mundo era más noble, la novia menos reacia, el cielo menos gris. El país más difícil. Pero todo eso se fue hundiendo en el olvido de una carrera que crecía, una carrera de coches de la que era piloto sin saberlo, un maratón de pendejos que corrían los cuarenta y dos kilómetros obligados por caminos que ni siquiera estaban recién asfaltados.

Y en eso estaba Héctor Belascoarán Shayne cuando recordó la frase de su vecino el plomero: «Es que así somos de calientes los mexicanos».

Y el estrangulador así sería de caliente, y era por eso, por una calentura que le crecía adentro y le crecía. Pero Héctor, ¿qué sabía de los mexicanos?

Eran, «esos mexicanos», gente que se hacinaba en familia dentro de un cuarto de seis por tres, que veía pacientemente a su padre cohabitar con su madre y que terminaba tirándose a su hermana por proximidad de cama, que estudiaba primaria y no la terminaba por lograr pescar chamba de mecánico que justificaba cierta libertad, un lugar en la familia, el derecho a embutirse seis cervezas la mañana de los sábados, a pensar en casarse para repetir el ciclo. ¿Eran esos los mexicanos calientes de los que hablaba su vecino el plomero?

Y Héctor comenzó a sentir pena de ellos y de sí mismo, de las horas sin comer y sin dormir, y de haberse acostado con Mónica sin quererla, y de la próxima víctima del estrangulador y de un compañero de trabajo que había tenido que un día se suicidó, y de su madre a la que no veía hacía seis meses. Y se descubrió llorando.

—¡Qué mierda! —susurró, y el mesero le trajo otro café pensando que él lo había pedido.

SE ENCONTRÓ EN LA CALLE sin saber claramente a dónde iba y qué era lo que quería hacer. Comenzó a caminar paso a paso las calles. Había atardecido y comenzaba a llover. Los titulares de los periódicos de la tarde hablaban de un nuevo hecho de sangre, un accidente en la carretera de Querétaro. Cuarenta y tres muertos. No compró el periódico.

La ciudad era la olla de agua sucia de siempre, pensó Héctor. Y distraído, contempló los aparadores de las tiendas mientras se iba acercando insensiblemente al centro. Los anuncios luminosos lo capturaban y distraían. Al llegar a la Alameda, las parejas corrían a su lado huyendo de la lluvia que arreciaba. En una vidriera del Hotel Alameda se conmovió de su imagen reflejada.

Luego, lentamente, decidió que había de comenzar de nuevo.

El elevador lo subió renqueando hasta la oficina:

BELASCOARÁN SHAYNE

Detective

GÓMEZ LETRAS

Plomero

Se durmió en el sillón.

Héctor Belascoarán Shayne había cumplido ese día treinta y un años.

—NUNCA HUBIERA CREÍDO que usted era él, licenciado...

—Pero cómo no, mi joven Héctor. Detrás de lo obvio se encuentra lo inesperado, decía Sherlock a su fiel Watson.

Todo sonaba demasiado a pesadilla, y Héctor comenzó a salir del sueño. Poco a poco, suavemente, abandona la modorra y adquiere conciencia del dolor, de los muelles y los botones del sillón clavados en las costillas. Un rayo de luz saliendo de la ventana le golpea la cornisa de los ojos. La mirada baila deslumbrada. Una sombra frente a él sugerida basta para que Héctor tire mano a la pistola, que

curiosamente no está donde sus ideas la tenían fijada. Encuentra la pistola tras un registro veloz, casi encaramada en el cuello.

—No vaya a disparar, cuñado —dice Gilberto el plomero.

De la tienda de discos de allá abajo sube mezclado con el rumor del tráfico un bolero de José Feliciano: «Nosotros que nos quisimos tanto, que desde que nos vimos amándonos estamos...».

Héctor se sentó en el sillón y comenzó a sacudirse el sueño, a regresar a la realidad lo más rápido posible. El plomero, excesivamente amigable, colocado entre la ventana y sus ojos, se perfilaba como una silueta brillante.

—Una *pecsi*, maestro.

—Gracias —susurra Héctor.

Mientras traga el líquido dulzón, va reingresando al mundo. José Feliciano ha sido sustituido por Manzanero: «Qué piensas cuando un ciego se enamora, cuando quiere ver la aurora como se...».

—¿Por qué tan amable? —pregunta violento.

—No, aquí nomás —responde defensivo Gilberto el plomero. Se ladea la gorrita y le hace un gesto obsceno.

—Y qué, ahora viene a despertar a los cuates y les regala una Pepsicola, ¿o me veo muy jodido?

—No, mi estimado, cómo va a ser... En primeras de cambio, estaba diciéndole al señor presidente de la República que era el estrangulador, y la neta, me pasó la onda. En segundas, ahí está una carta para usted.

Se la tiende obsequioso.

¡A la madre! Entonces, era el presidente, piensa Héctor, y toma la carta. Con la mano libre se despacha un buen trago de Pepsi; la coloca a un lado, saca un cigarrillo arrugado del bolsillo de la camisa y trata de sacar un cerillo de la cajita sin lograrlo. Gilberto, amable, le da lumbre. Había intentado abrir la carta con la otra mano sin poder. Por fin, abrió y leyó en voz alta, como agradeciendo a Gilberto tanto esfuerzo:

—Blablabla, bla... que se presente el próximo sábado a las 7:30 horas al estudio B de Televisa para iniciar su participación en *El Gran Premio de los 64 mil pesos*. Atentamente, Amalia Vázquez Leyva, coordinadora de producción.

—¡Ándele! —susurró el plomero.

—¡A la madre!, y no he estudiado nada —susurra Héctor.

SÁBADO ERA MAÑANA, pensó Héctor. El plomero estaba trabajando en el destape de una tubería interna del calentador de agua, y admiraba de reojo a Héctor cada vez que podía. De la calle subía el ruido confuso de la mezcla urbana: un danzón, el tranvía, los autobuses, los voceadores de *La Extra* del mediodía, una cola aullante de niños de primaria que iban de camino a algún museo.

Héctor hizo una lista:

Hablarle a mamá.

Revisar el fichero de estranguladores.

Confirmar por teléfono asistencia al programa.

Ordenar la cabeza.

Invitarme a comer con alguien serio.

Mandar que laven la ropa y limpien la casa.

Comprar balas.

A lo largo del día se juró seguir fielmente la mecánica. Pero el tiempo, que encogía al usarse, impidió poner en la cabeza todo lo que quería. A la una y media había hablado con su madre, había recogido los ficheros de estranguladores, había telefoneado al programa para confirmar la presencia y había logrado que la portera le limpiara el cuarto y le lavara la ropa sucia. Gilberto, con una módica propina de cinco pesos, y víctima de su nueva adoración por el hombre con el que había compartido el despacho y que ahora iba a salir en «la televisión», había ido a comprar las balas.

Héctor se había lavado la cara un par de veces en el baño y ojeado los recortes del último crimen. Entonces se puso a pensar con quién iba a comer. Y pensó, claro en primer lugar, claro, que ayer había sido su cumpleaños y que la herida ya había

restañado, y que Claudia estaría libre. Y entonces tomó el teléfono y comenzó a marcar despacio, como temiendo que se le escapara, el teléfono de su exmujer.

—¿Claudia?

—Ah, hola, ¿eres tú? —«un poco fría, pero agradablemente sorprendida», intuyó.

—Sí, yo.

—Ayer fue tu cumpleaños —dijo Claudia.

—Sí, este... te hablaba por eso...

—Pues felicidades —dijo Claudia, y colgó.

Y el mundo se iba yendo al carajo de poquito en poquito, mientras en el oído izquierdo sonaba el repetido timbre de «ocupado». En el centro del huracán, *ring, ring, ring*. En el fondo del abismo de cada día, del infierno más que humano que nos fabricamos y en el que vivimos. *Ring, ring, ring*. En el eje de nuestros recuerdos y nuestras pesadillas, de nuestro llanto y el llanto del mundo, *ring, ring, ring*. Ahí, *ring, ring, ring*. Repentinamente la línea se desbloqueó y pasó señal para marcar.

—A la mierda —susurró Héctor y colgó.

Tardó más de media hora en reponerse de las ilusiones. No moralizó el asunto, no se arrepintió de nada, simplemente constató el hecho. La puerta estaba cerrada, ya nunca volvería a abrirse... Por ahora.

Luego, se puso a estudiar el fichero. Comió unos tacos con el plomero que lo contemplaba amablemente sin atreverse a hablar del programa. Intuyendo la expectativa de Gilberto, le prometió un pase para el estudio y salió a la calle con los recortes de periódicos de los dos últimos crímenes. Tenía que cambiar de aire, buscar un lugar donde poner a caminar el cerebro, donde hilar una lógica. No bastaba con tirar al viento el reto del programa de televisión, aunque estaba convencido de que el estrangulador iría a la trampa, mordería el cebo, porque Héctor lo había mordido.

Caminó por la ciudad sin rumbo fijo, y fue a dar a los parques donde había jugado de niño. En el Parque México, niños judíos y algunos viejos, seis o siete madres jóvenes de clase media acomodada gozaban el sol y exponían a sus niños en carrito a horas de plática insulsa y poco paseo.

Cerca de la fuente encontró una banca libre. Había algunas cagadas de paloma que apartó con la sección de espectáculos del periódico.

Por instinto empezó a leer por la nota roja. Ahí, agazapada, lo esperaba la bofetada del estrangulador: «Dos nuevos crímenes del *cerevro*», «La ciudad tiembla».

La misma noche en la que dormías apaciblemente.

Una mujer de treinta y seis años, viuda, de buen ver, secretaria de un político oficial, asesinada en la carretera de Querétaro. Una sirvienta de diecisiete años, asesinada en un callejón de la colonia Narvarte cuando iba rumbo a tomar el camión para su pueblo. Dos notas similares, con siete rayitas cada una precediendo el mensaje:

//////// Cerevro vuelve.

//////// Es la justisia.

¿Por qué siete rayas repetidas?

Héctor comenzó a desechar elementos, a organizar lo que quedaba:

Muertes sin relación, en diferentes horas, en diferentes sectores de la ciudad, misma técnica, iguales notas.

Y luego dejó que las ideas sueltas buscaran asociaciones: un camarero, un jugador (por lo de las rayitas).

Alguien cuyo trabajo le permitía estar en la calle a horas muy diversas.

¿Y si se tratara de una mujer y no un hombre?

El político oficioso que quería librarse de su amante y asesinó seis mujeres antes y una después (y esto valía para una relación de cualquiera de las anteriores mujeres, aunque le parecía más consecuente pensar en el político priista).

¿Y si se tratara de varios asesinos?

Y fue desechando, amparado en una lógica elemental, bastante eficaz, hasta llegar a la siguiente serie de preguntas:

¿Por qué seguía matando? (¿Por qué mataba?).

¿Por qué no encontraba una rutina, un solo centro de operaciones, un tipo de mujer en especial?

¿Qué probabilidades había de que se descubriera accidentalmente si siguiera a este ritmo?

Llegó a las siguientes conclusiones:

- a. No se trataba de un taxista, ni de un plomero, etcétera. Nadie que tuviera un acceso directo a una mujer sola por medios profesionales, hubiera dejado de utilizarlo en ocho probabilidades.
- b. Las mujeres eran enfrentadas en la calle y asesinadas. No habían signos demasiado evidentes de persecución o de violencia previa al crimen.
El asesino tenía que tener un pretexto para acercarse a ellas y atraerlas.
O era extraordinariamente «carita» o era un vendedor, un policía o un conocido. Alguien que no inspiraba desconfianza.
- c. No había nexos entre las ocho mujeres. Esto impedía la existencia de un asesino conocido por ellas (sería excesivamente casual que si él las conocía a todas, ellas no se conocieran entre sí).
- d. Dentro de estos marcos, el asesino podía ser una mujer, por ejemplo, una vendedora de productos de belleza que accediera a todos los niveles sociales, y que tuviera recorridos por esas zonas.

De todas, esta era la idea más racional. Sin embargo, ¿qué motivos podían impulsar a una mujer a cometer ocho asesinatos?

Detrás del vago término «crimen sexual», la cabeza de Héctor ocultaba, y lo sabía, una mucho más vaga información aun sobre las motivaciones de un crimen sexual. Y es por eso que a pesar de que no le convencía la tesis de una mujer estranguladora, y que en sus fichas de estudio para el programa no tenía antecedentes importantes en ese sentido, decidió no desperdiciar la oportunidad.

Se sacudió la caca que le habían hecho encima un par de gorriones, y murmuró: «Pinches pajaritos de mierda». Se levantó con sus dos periódicos llenos de notitas escritas en lápiz, pensando en dónde iba a comer. El sol de las cuatro de la tarde, los niños que jugaban fútbol, los chavitos que recorrían como exhalaciones el parque en bicicleta y patines, los viejos arrugados que releían la *Ilíada* o la *Odisea*. Todo, todo eso, más la brisa fresca de la tarde, las gotas de agua que sal-

picaban su cara al pasar por la fuente, el ruido de un par de radios de transistores en manos de adolescentes que susurraban un rock modulado y dulce, el paletero, lo hicieron sonreír. Era una película de Lelouch, en un mundo que lamentablemente era muy mierda.

Y se fue caminando en medio de la fiesta de los niños, las bicicletas, los viejos, el sol, la fuente y el paletero.

—¡Héector!

—¡Carajo!

Se abrazaron en medio de la plaza de los columpios. Una batalla de gritos y vueltas. Todo un ritual, porque uno no suele encontrarse con su hermano, al que no ha visto hace dos años, todos los días, con un carajo.

II

Al principio era la acción.

GOETHE

—¿**U**N CAFÉ? —dijo Carlos.

Héctor asintió mientras contemplaba el pequeño cuarto.

—Y ahora, rapidísimo, cuenta qué ha pasado, hermano.

Los trastes de la diminuta cocina chocaban entre sí, las tazas estaban sucias y había que lavarlas, el azucarero no aparecía, el fondo del bote de Nescafé había que rasparlo para sacarle polvo para dos tazas.

—Lo que pasa es que, así, de repente, no se me ocurre nada —dijo Héctor, y sonrió.

El sol de la tarde pegaba en la ventana y rebotaba hacia afuera. El cuarto, en una suave penumbra parecía más pequeño, pero amable, acogedor, como susurrando: «Siéntate y te pongo un disco», o «Fúmate una pipa, mientras el café calienta», o «Lee un libro y tómate una copa de jerez». Por eso empezó a ojear los títulos de los libros: Marx, Trotsky, Lenin, Mao, Ho Chi Minh, El Che, antología de poesía cubana, novelas de editoriales latinoamericanas, libros de historia contemporánea, una colección enorme de novelas policíacas, un librero lleno de los clásicos de ciencia ficción.

—Nada, no se me ocurre nada —dijo Héctor, y era verdad, no se le ocurría nada. El mundo había quedado anclado media hora más atrás.

—¿De veras? —Carlos salió de la cocina con dos tazas humeantes—. ¿De veras, hermano?

—De veras —dijo Héctor, y pensó en preguntarle a su hermano qué había hecho con su vida, pero no se atrevió.

—Yo pregunto: ¿en qué estás trabajando? —le tendió la taza sonriente.

—Soy... detective privado. —Y Héctor se sonrojó.

Carlos se rio suavemente. Era el hermano que había heredado el pelo rojo de mamá, y la conciencia social tradicional de la familia de papá. El hermano politizado y pecoso.

—Detective privado dedicado a cazar al estrangulador.

De repente a Héctor le cruzó en la cabeza la idea de habérselo inventado todo. De que el estrangulador no existía, de que él mismo no estaba muy afianzado sobre el planeta.

—Anda —dijo Carlos, y resopló. Héctor volvió a la vida. El espejo le había devuelto su propia imagen.

—¿No estarás ligado a la policía? —preguntó Carlos suspicaz, el ceño fruncido.

Carlos Brian Belascoarán Shayne, hermano menor... ¿seis años? Tendría ahora veinticinco, ¿no?

—Ni madres. Nada de eso.

—Ah, vaya. Y, ¿entonces para qué carajo quieres detener al estrangulador ese? Héctor alzó los hombros.

En la bolsa de la camisa buscó un cigarrillo que nunca encontró. Aceptó uno de los Del Prado de su hermano.

—Y tu mujer, ¿qué opina?

—Nos separamos.

—¿Cuándo?

—Hace un mes, cuando dejé el trabajo en la General Electric.

—¿Qué?, eras capataz ahí, ¿no?

—Algo de eso. Ingeniero en tiempos y movimientos. Supervisión.

—Ah, que la chingada. —Y sonrío.

—¿Verdad?

—¿Y cómo anda la salud mental? —Y sonrío.

—No pues. —Y hunde la cabeza entre las manos.

—¿Por qué no hablamos claro? Tú sabes qué pienso de todo eso. —Y la mano de Carlos recorre el mundo en un sencillo movimiento.

—¡Claro! ¿De qué? ¿Entenderías si te digo que estoy... que estoy muriendo al pie del cañón, que no tengo ni idea de a dónde me lleva todo esto?

—Sí, sí entendería.

—Que el estrangulador es un pretexto.

—Para ponerte a mano con tantos años de estarte haciendo pendejo. De rutinas y fraudes. De falta de tierra debajo de los pies, y sobra de refrigerador y coche nuevo en los sueños... Sí, entiendo.

Se hizo el silencio. Héctor pensó que no sabría cómo explicarle nada. Que no había palabras capaces de contar lo que estaba pasando. Que todo lo que había dicho Carlos era cierto, y sin embargo...

Carlos caminó al baño y orinó. El ruido del chorro chocando con el agua llegó claramente hasta los oídos de Héctor.

—¿Andas armado? —preguntó Carlos.

Héctor asintió. Sacó la pistola y la pasó.

—¿Y tú? —preguntó de repente.

Carlos negó y devolvió la pistola.

—No, aún no es el momento de los tiros. A no ser que el estrangulador cambie de sexo para sus víctimas —sonrió—. ¿Y por qué el estrangulador?

—Los motivos obvios —respondió Héctor.

—No. Supongo que no debes tener ninguno a mano. Tendrías que inventarlos, o apurar demasiado el subconsciente para sacártelos de la manga cerebral. Los buenos, los de a de veras.

—¿Te cuento cómo empezó?

Carlos afirma. Se reacomoda sobre la alfombra barata que recubre el suelo y jala un cojín para ponérselo bajo la cabeza. El humo que sale de su boca forma una densa columna que viaja hacia el techo.

—Salía del cine con Claudia, hace un par de meses. De la última función.

—¿Qué habías ido a ver?

—*El caso de Justin Playfair*, el cuate ese que termina convenciendo a todos de que es Sherlock Holmes. Pero no, no fue la película, fue algo más, aunque la película ayudó. Ya andaba en eso, en esa cosa rara que se mete dentro de tu propia cabeza como un palillo de dientes. Si hubiera ido a ver *Un hombre y una mujer* me pasaría lo mismo. Andaba enchinado, la música de Manzanero o los boleros o las canciones de Pedro Infante me llenaban los ojos de lágrimas y la cabeza de ideas raras. Estaba buscando un pretexto, nada era racional. Y salí del cine. No había comentado nada con Claudia, nada de nada.

—¿No te había preguntado?

—Sí, preguntaba lo mismo siempre, eso de: «¿Qué te pasa?».

—Y tú contestabas invariablemente: «Nada, no me pasa nada, ¿qué me habría de pasar?».

—Exactamente... Y sa...

—Y saliste del cine.

—Y salí del cine. Un chavillo me vendió *La Extra*. Esa tarde el estrangulador había salido en los periódicos por primera vez. Y Claudia dijo que la película le había gustado mucho. Y yo dije que sí. Pero no comenté nada, y aquella noche me la pasé dando vueltas en la cama. Y así empezó. Tres días después nos separábamos y yo dejaba el trabajo.

—Putá, qué tango ha de haber armado el gerente de la planta, ahora que prometías volverte un buen cuadro industrial; y el ingeniero...

Héctor se calló. No tenía ganas de contarle.

—¿Y tú qué piensas?

—¿Quieres que haga algo, que ayude en algo? —dijo Carlos.

—No, solo que me digas lo que piensas.

—Deja ver. —Y Carlos se hundió en la alfombra. Y se tocaba el mechón que caía sobre los ojos mientras fumaba.

—Yo siempre pensé que tú eras la vertiente conservadora de la herencia. Que tú habías cumplido la necesidad del *establishment* de ganarse a uno de cada tres

pequeños burgueses, matar al otro y dejar al otro aislado hasta que se rinda por hambre. Eso lo pensé siempre, y repartí los papeles: tú eras el cuadro, Elisa terminaría en las mazmorras del sistema casada con un pendejo, derrotada por hastío, y yo, cadáver antes de los treinta y tres. Siempre pensé eso. Y ahora me vienes y me jodes el esquema. Parece que las reglas se hundan. Y te lo agradezco. No tienes idea, hermano, cuánto te lo agradezco.

Y volvió a fumar. Héctor lo miró fijamente. Una brizna de sol golpeó la mata pelirroja de Carlos Brian. Héctor le tendió la mano, la mano de Brian la tomó con fuerza.

—Ahora —y Carlos arrancó sorpresivamente— no esperes que concilie. Si te quieres matar, que quede claro. Porque lo que está pasando es que te estás columpiando en el borde del sistema; como patinar descalzo sobre una Gillette. Hasta da escalofrío. No te creas demasiado lo del estrangulador, lo de la cacería. Estás rompiendo con todo lo que había atrás. Estás jugando un juego en el borde del sistema, y no pienses que es otra cosa. Siento que esperas que el otro juegue también en el borde. Y que de una manera un tanto mágica has creado un asesino idealizado como tú. Fuera de las reglas del juego. Ten cuidado, no te vayas a encontrar a alguno de los artífices del juego. Cuídate del comandante de la Judicial, que en sus horas libres, las horas que le sobran de golpear estudiantes o torturar campesinos, no se dedique a estrangular mujeres. Cuídate del presidente de la República, del dueño de la fábrica de enfrente. Quizá ellos estén también jugando en el borde de su sistema, del que han creado y sobre el que permanecen como perros dogos, zopilotes cuidando sus carroñas. Cuídate de los milagros, de los militares, del cielo, de los apóstoles. Y si lo encuentras, y si él está loco y mata por necesidades más allá de ti, de mí, de nosotros, mátalos. No lo entregues a la policía, que ellos están en otro juego. Es lo único que se me ocurre. Y cuando esto acabe, hablamos otra vez.

Héctor sonrió. Terminó el café, ya un poco frío, y comenzó a levantarse.

—Eso pensaba —dijo.

Caminó hacia la puerta.

—Oye, ¿sabes algo? —lo detuvo Carlos.

Héctor giró la cabeza.

—Que tu vieja fábrica está en huelga. Que anteayer los patrones intentaron meter esquirolas y los trabajadores lo impidieron, que llegó la policía y rompió la huelga, que a los obreros que estaban allí y a las mujeres que llevaban comida a la guardia los gasearon. Y que a un grupo de estudiantes que rondaban los judiciales, los macanearon y tuvieron detenidos unas horas. Lo digo por esto. —Y enseñó una pequeña herida sobre las cejas, cerca del punto de unión de la frente con el inicio del pelo—. Porque estaba allí, y esperaba encontrarte del otro lado.

Héctor abrió la puerta.

—Eso se acabó hermano.

—Tú no estarás del otro lado, pero la bronca sigue. Si el estrangulador te da tiempo, acércate a las guardias y siéntate a oír un rato lo que dicen los obreros. Ellos también están jugando un juego apasionante; un juego en el que les va no solo su libertad, sino también la nuestra. Nomás piénsalo, mi hermano.

—Nos veremos —dijo Héctor y salió.

—Elisa llega el jueves a México. A las siete y media en el aeropuerto. Ahí te espero —gritó Carlos como la última despedida de un final que ya parecía wagneriano. Doctrinariamente wagneriano.

LA TARDE SE HABÍA TERMINADO mientras cruzaba el parque. Era la hora de la muerte. ¿Cualquier hora podría serlo? Era entonces una de las horas de la muerte, la de cuatro de los ocho asesinatos. La hora en la que la tarde desaparece para ser sustituida por las sombras y la luz mercurial, y los charcos reflejan las sombras vagas de los hombres que pasan, que pasan quizá siguiendo las huellas de la víctima. Pero todo podría ser político. ¿Y por qué no? Esa era una de las muchas ideas residuales que había dejado la conversación con Carlos. Político. Un problema político. ¿Por qué no? En un país que había despertado a la política bajo el aullido de las hienas, la muerte por estrangulación estaba dentro del clima nacional. Evocó una frase recordada por Jaramillo que le había emocionado en sus días de lucha; una frase que dicha en 1918, en el borde final de la traición al

zapatismo por sus aliados temporales, reaparecía en los sesenta como terrible epílogo del asesinato del dirigente campesino: «Entierren las carabinas donde puedan volver a encontrarlas».

Entró al Parque México, y escogió a propósito las sendas menos transitadas, los caminos más sórdidos y más oscuros entre la hierba y las bancas. Pero la muerte no estaba hoy allí, y no logró más que espantar a un par de parejas encandiladas en el amor y el esplendor de la yerba.

Era un buitre de saco de pana y manos en los bolsillos. Manos que sudaban frío por costumbre en estos últimos tiempos y que acariciaban al descuido la mira de la 38.

Terminó la ronda camino hacia el hogar pasando por las calles más oscuras de la Roma Sur, y teniendo que rechazar amablemente un conecte ambiguo que ofrecía drogas, carne y pastillas en una letanía burda. Se libró de un borracho regalándole su última cajetilla de cerillos; sorprendió una mirada aviesa en una taquería donde entró a reabastecerse de tabaco (todo con tal de no fumar en las horas últimas del día) y tardó casi un minuto en identificarla como la mirada de un maricón sin plan para la noche.

Las sábanas estarían irremediablemente frías para el puto. Y para mí también, pensó cuando entró en el edificio que se había convertido en su morada solitaria.

La casa estaba fría. La mujer de la limpieza había olvidado cerrar la ventana de la estancia. Un aroma diferente al habitual lo recibió. El desconcierto inicial se fue diluyendo al reconocer los olores del barrio dentro de la casa. El olor a chorizo de la taquería de abajo, el olor a cerveza de la cantina de la esquina, el olor a pañales de niño de los vecinos, el olor rancio de las escaleras. Bajo todo esto, Héctor fue buscando su propio olor, sus escasos libros, su cama, sus camisas sucias (que quién sabe dónde estaban), su imagen en el espejo. Y el espejo, quizá lo único fiel que había quedado en la noche, le devolvió la cara torcida por el cansancio del vagar en las calles, los ojos agotados de perseguir la propia sombra, el sexo yerto bajo el pantalón, las manos húmedas del rocío de los amaneceres y el sudor de la tarde.

—Poética imagen la de los detectives —murmuró Héctor. Rebuscó en los alrededores la novela de Malraux y comenzó a desvestirse. La noche negra estaba allí afuera, y en ella el asesino. Otro día perdido. Había decidido dormirse.

Pero la fiebre lo prendió cuando estaba a punto de quitarse el segundo zapato. Se sirvió un plato de leche con *cornflakes* y oyó algo de música en Radio Mil mientras cenaba. Luego salió a la calle nuevamente.

Se sentía agotado, pero también, como en sus mejores momentos de la infancia, sentía que estaba protegiendo su mundo. Y quizá nos estaba protegiendo a todos; aunque no de un estrangulador que esa noche no actuaría.

JUAN SEBASTIÁN ELCANO y Hernando de Magallanes habían peleado por un mundo circular, enlazado en sí mismo, gracias al cual uno podía abandonar un punto y, viajando en línea recta, llegaría tarde o temprano al mismo. Héctor Belascoarán Shayne lo había logrado sin tanta batalla, aunque quizá con un poco más de sufrimiento metafísico. Era un planeta totalmente redondo en el que se movía, y mientras no apareciera el estrangulador, lo seguiría siendo.

Cuando se despertó en la tarde, sus oídos se afinaron buscando los ruidos de la calle: cláxons a lo lejos, niños jugando fútbol, una señora que regañaba a su sirvienta.

Héctor había aprendido a reintegrarse al mundo con ese sistema. El método tenía variantes, pero aquella tarde de invierno las combinó todas: encendió un cigarrillo, caminó hasta la cocina y se hizo una limonada con mucha azúcar.

Luego comenzó a vestirse mientras ojeaba las fichas y los libros sobre estrangulamientos famosos.

Salió a la calle pensando que dentro de un rato se habría convertido en la carnada.

EN EL MUNDO DE LAS TORRES y las antenas se inventaba todo. Aquí se creaba un país fraudulento que luego sería consumido por un país real.

Después de sortear policías, que verificaron que su nombre estaba en la lista de invitados al programa, deambuló un rato por los pasillos: El Santo hablando por teléfono, una escuela primaria que visitaba las instalaciones, locutores y actores de telenovelas; muchos mozos vestidos con overoles de trabajo.

La secretaria del programa, una chaparrita bizca de unos treinta años, le informó que estaba en el primer turno de espera, que si fallaban los dos concursantes del programa de hoy, seguramente entraría él.

Se dedicó a vagar por el estudio mientras los utileros montaban el decorado. ¿Qué tenía? Un cebo que él pensaba que era bueno. ¿Qué más?

Ideas sueltas, posiblemente: una mujer, vendedora de cosméticos que recorriera la ciudad. Toda la ciudad, no una zona limitada. Cuyos movimientos hicieran coincidencia con los movimientos de los asesinatos. Fuerte. De compleción fuerte. Con un cerebro en el que podría haber ardido la atómica de Hiroshima.

Posiblemente: un hombre (¿de qué edad?) que no tenía trabajo fijo, o cuyo trabajo le permitiera andar por toda la ciudad a todas horas.

¿Atractivo para las mujeres que asesinó?

¿Amable, agradable, lisonjero, aparentemente inofensivo? Tercera posibilidad: un hombre ligado de alguna forma a las ocho mujeres.

¿Liga formal? No existía ninguna. Tenía que ser algún tipo de liga desconocida para las familias.

Una liga muy extraña, muy compleja, y, por qué no, misteriosa, que no fuera conocida por nadie. Una liga que implicaba un vicio desconocido porque no había nexo alguno en el pasado de las mujeres que pudiera justificar otro tipo de relación.

Pero ¿qué vicio le era común a:

- ☼ una estudiante de secundaria, de clase humilde, que había salido a comprar el pan, dieciséis años, sin novio (había roto con un amigo íntimo hace un mes y medio);
- ☼ una prostituta de la colonia Peñón, de poco nivel dentro del gremio, que había llegado penosamente al oficio a los cuarenta años;
- ☼ una secretaria de compañía americana, de veintisiete años, asesinada a las ocho de la noche cerca de la parada del camión en la colonia San Rafael;
- ☼ una maestra de primaria que había muerto a plena luz del sol, a dos cuadras de su escuela (colonia Lindavista), y había dejado sus veinticinco tristes años ahí, fritos;

- ☼ una doctora, dentista de cincuenta y dos años, que había muerto en la puerta de su consultorio en Palmas;
- ☼ una estudiante de preparatoria de diecinueve años, muerta en un cine;
- ☼ una secretaria de político, de treinta y seis años, viuda;
- ☼ y una sirvienta de diecisiete, asesinada en la parada de los camiones Atencingo-Local, cuando salía a pasar el fin de semana a su pueblo?

¿Qué había en común?, ¿qué había en común? ¿Qué carajo había en común?
 —Nada —musitó Héctor, y siguió rondando por el estudio. Nada, excepto el hecho de que habían sido estranguladas violentamente.

¿Y la policía qué?, se preguntó. Nada, ni siquiera habían podido sacar algo de las escenas de los crímenes. O si lo habían deducido, no lo habían hecho público.

Decidió concentrarse en cuatro puntos, cuatro líneas.

¿Qué empleos de mujer permitían estar en la calle a todas horas?

¿Qué empleo femenino permite atraer a una muchacha a un lote baldío, atraer a una mujer a una cerrada, llevar hacia un parque a una profesora?, etcétera.

Segunda línea:

¿Qué vicio podía unir a las ocho mujeres? ¿Qué sociedad secreta podía agruparlas?

Tercera línea:

¿Qué sabía la prensa y no decía?

Cuarta línea:

¿Qué sabía la policía?

Decidió dejar de lado lo demás.

El teatro-estudio se iba llenando mientras tanto. Los utileros habían dado sus últimos toques y ahora eran cablistas y camarógrafos los que deambulaban ajustando el equipo.

—HÉCTOR BELASCOARÁN SHAYNE —dijeron en el micrófono, y sintió la cámara enfocada en su cara— concursa en el tema «Grandes estranguladores en la historia del crimen».

Sonó el aplauso hueco del auditorio, reforzado por aplausos de disco.

El cebo estaba en su lugar. La trampa estaba montada.

PERO PESABAN MÁS las ausencias que las presencias. Más el pozo de agua de San Juan del Río donde bebía de niño, más los amigos difusos de los cuatro años, más la novia primera de los quince; más el olor de las rosas; el acento irlandés de las canciones de cuna de mamá; más los días de tormenta en la casa de Coyoacán; más la foto autografiada de Indalecio Prieto que papá ponía sobre su escritorio antes de escribir sus memorias. Más, mucho más que la silueta vaga del terror, la guerra de músculos y nervios del estrangulador atormentado.

Por eso decidió, camino al aeropuerto, que aún quedaban muchas cosas con las que poner a mano sus recuerdos, muchas deudas por saldar con su memoria, muchos mitos por destruir.

El pequeño Volkswagen rojo tragaba ruta. Héctor al volante, con las dos ventanillas abiertas, tragaba viento. El aire frío de la tarde.

Por obra y gracia del viento, golpeando contra la cara, contra la boca que abría golosa para tragarlo, decidió que además de los cuatro sabios puntos a los que había llegado ayer y su sabia actitud de convertirse en cebo y carnada, había un factor imponderable y definitivo: el accidente, la casualidad. Esto le provocó una sonrisa decidida, porque nunca había creído en la casualidad, y sin embargo durante este último mes la había venerado.

El coche había salido de un crédito. Un concursante de *El Gran Premio de los 64 mil pesos* con una victoria no podía ser insolvente, a juicio de Autos García Crespo. Y ahora, Héctor pensaba un poco inquieto, que su rondar por la ciudad podría ser limitado por el vicio del coche. ¡Putá, además la gasolina, el aceite, las llantas!

Pero había decidido comprar el coche para ir a buscar a Elisa y ojalá pudiera llegar con él hasta el pie de la escalera del avión. Pero no, lo detuvo en el estacio-

namiento y recogió su ticket. En la sala, llena de españoles y gringos porque se había cruzado un vuelo de Madrid con la llegada de Panamerican desde Nueva York, las emociones bailaban una vieja danza; mujeres de cincuenta años con las lágrimas a flor de piel, niños peinados y vestidos para aeropuerto surcando las piernas de padres y desconocidos; novias esperando, novios sonriendo la espera. Algo de la tremenda emotividad que la comunidad ciánica española en México puede conservar. Muchos de los rasgos de la tribu en las mujeres de edad que verán por primera vez a los parientes olvidados, a los hombres del otro lado del puente, a los rezagados del clan que se han quedado cuidando la tierra original, conservando el aire fresco del campo en las mañanas, los aromas de las ciudades iniciales, los rumores del pasado.

EL MAR BAJO LA TIERRA. Decía Dylan Thomas: «No queda nada atrás sino su sonido» y el rumor del mar profundo de la sangre alborotada podía olerse en el aeropuerto.

Como un triste contraste, los gringos daban la impresión de quedarse solo en la superficie de las emociones, en la superficie del río profundo que barría maleteros y turistas aislados. Habían traído sus mariachis, sus pecas, sus hombres de negocios, sus adolescentes de calendarios de bicicletas, sus portafolios y esperas puntuales, sus ramos de flores totalmente inútiles.

Belascoarán, siguiendo sabios instintos de clase y de origen sanguíneo, se mezcló con la comunidad ibérica. Con el rabillo del ojo buscaba a Carlos Brian, y no abandonaba la esperanza de ver pasar al rey Pelayo o a Agustina de Aragón por ahí.

Descubrió a Carlos fumando en unas escaleras laterales.

Un grupo de niños prófugos de la autoridad paterna rondaban a su alrededor.

—Hermano.

—Compré un coche —dijo Héctor.

—Carajo —respondió Carlos.

—Solo para recoger a Elisa —se disculpó Héctor.

—Vaya —dijo Carlos.

—Solo para eso.

—¿Y el concurso? ¿Cómo va?

—Gané ayer. Ya soy cebo.

—Cebo... y anzuelo —dijo Carlos.

Héctor se sentó al lado de su hermano y aceptó un cigarrillo. Fumaron en silencio; en su silencio, en medio de los ruidos de la multitud y de las anónimas llamadas del altoparlante que anunciaba vuelos; salidas y llegadas en un idioma extraño e indescifrable. Toda una fiesta, ¿no, Héctor? Fumar en paz con el mundo.

—Ese es el vuelo —dijo Carlos de improviso.

—¿Cuál?

—El que acaban de anunciar.

—¿Cuál? —dijo Héctor y mezcló las ideas que le llegaron como torrente: el estrangulador, Elisa, ¿en qué andaba metido Carlos?

LA CHARLA ENDIABLADA y feroz, los besos, los abrazos, las bromas, los amores, las caricias, los recuerdos, la sangre.

El valor del tiempo compartido. Elisa era una fiesta. Volvía del más allá. Del punto donde no había regreso. Y Héctor más frío, más desesperanzado que Carlos, más inocente al mismo tiempo, más iluso, buscaba los lazos que los unieron y los separaron, los puntos de contacto de aquella nueva escena familiar con el presente gris de las calles recorridas en pos del estrangulador.

EL TIMBRE LO SACÓ de un sueño impreciso que dejó en el camino hasta el teléfono una estela; algo de un barco de vela, un viejito, una tienda de helados. Pero el teléfono insistía cada siete segundos y después de tropezar con sus zapatos arrojados en el suelo descuidadamente cuando la noche se inició, Héctor alcanzó a tomarlo.

—¿Bueno? ¿Quién? —dijo somnoliento—. ¿Bueno? ¿Quién habla?

¡El estrangulador, carajo! Se despertó como si le hubieran echado un balde de agua fría.

—¿No quería hablar conmigo? —Una voz fría, indescifrable, áspera. ¿Hombre o mujer?, se preguntó Héctor.

—Gustavo, por qué hablas a estas horas —dijo para ganar tiempo.

—¿Qué quiere? —cambiando de tono. El truco no había pegado.

—Oírlo.

—Ya me oye. Tiene razón, estaba esperando.

Esa voz. ¿La había oído antes?

—¿Y bien? —Quería decir tantas cosas, empujar al otro a hablar, decirle que había sudado su ciudad, que las fotos de los cadáveres llenaban sus ojos, pero no pudo decir más que aquel insulso «¿Y bien?».

—¿Qué tenemos en común nosotros con el botón de rosa que tiembla porque ha caído en él una gota de rocío? —dijo la voz en el teléfono recitando.

Héctor quedó totalmente desconcertado. ¿Ahora, qué contestaba? Clic. El estrangulador había resuelto el problema. La línea comenzó a marcar ocupado.

Miró el reloj. Las cinco y media. Caminó hasta la ventana del despacho. Los primeros madrugadores, los primeros trabajadores caminaban hacia la trampa diaria. El estrangulador había picado el cebo.

¿Ahora, qué seguía?, se preguntó, y se volvió a acostar en el sillón duro del despacho solitario y oscuro.

El teléfono volvió a sonar. Héctor tiró el cigarrillo que estaba intentando encender y levantó el auricular tembloroso.

—Habrà una nueva víctima —dijo la voz—. Se la dedico. —Y colgó de nuevo.

III

Ya no hay día ni noche. No hay
más que los rumores que percibo.

ARTUR LONDON

LAS PREGUNTAS sin respuesta iban y venían una y otra vez por el riel. Y Héctor, con el peso de la mañana a cuestas, trataba de desentrañar, de armar ese rompecabezas al que faltaban muchas piezas. Había invitado a Elisa a comer y dudaba si llevarla a un restaurante o hacer de comer en el departamento; por otro lado, se había prometido una visita a la oficina para poner en orden los nuevos recortes, y de alguna manera tenía ganas de visitar al plomero para dejarle la mitad de la renta. Había quedado con la bibliotecaria en pasar a recoger a la hemeroteca de la UNAM los recortes sobre asesinatos de mujeres que ella había buscado, en particular sobre estranguladores. Pero algo le jorobaba la mañana, le jodía íntimamente: era la rutina en la que se estaba metiendo, un poco la verificación de que incluso en medio del pantano, el hombre se protegía de lo inesperado con rutinas, con constancias y fidelidades a esos actos encadenados que hacían de la vida un comfortable seno materno.

Y además, algo le había hecho daño en la noche y tenía diarrea.

Y ahora, por sesenta y cuatro mil pesos, le repetía una voz allá adentro, ¿cómo se llamaban las mujeres a las que victimó el estrangulador de Boston? ¿Cuál era el segundo apellido de este? ¿Cómo terminó siendo dictaminado su caso en el juicio que se realizó? ¿Cuál fue el nombre del juez? ¿Cuál el del abogado defensor

y cuánto cobró por la defensa? ¿Cómo se llamaba el hospital en el que acogieron al estrangulador, y cuál fue su número de celda-estancia? ¿Cuál era el nombre de la enfermera y cuántos años de práctica profesional tenía? Tiene treinta segundos para responder, decía la voz. Y Héctor salió a la calle después de pasar por el baño.

Cuando transbordaba en Pino Suárez hacia la otra línea del metro, sintió una pequeña punzada en la espalda: una mancha de color café claro lo seguía desde el descenso del vagón. Se detuvo, la mancha se detuvo algunos metros atrás. Simuló hojear las revistas de un puesto de periódicos y observó nítidamente la mancha en el espejo del *stand* de fotografías automáticas.

Era una mujer, de unos veinticinco años, de pelo castaño, con una falda diminuta, el pelo amarrado en una cola de caballo, un morral negro al hombro, un saco café claro cruzado.

Lo miraba cuidadosamente. El espejo cruzó las miradas, y ella comenzó a caminar.

Héctor arrancó tras ella. Perseguidora perseguida, cambio. Emitió mentalmente. Papeles trastocados.

La mujer avanzó hasta la transferencia a la línea azul. Héctor esperó a que el metro llegara, y abordó tras ella el vagón justo cuando iba a cerrarse.

Durante el camino, a pesar de estar separados por una masa informe de gente, se fueron observando. Héctor incluso creyó percibir la sonrisa de ella cuando un brusco frenazo en la estación Zócalo estuvo a punto de mandarlo al suelo.

Ella bajó en Allende y Héctor la siguió. Los pasos iban con cierta seguridad y precisión hasta la oficina. ¿Para qué el rodeo al dejar el metro un par de estaciones más allá?

La mujer bajó hacia el sur por 5 de Mayo. Héctor la seguía a veinte metros, firmemente, como perro de caza fiel a su pieza.

Y desde atrás, se ve el contoneo de sus muslos, sus nalgas que ascienden, el pelo flotando al vaivén como una burla al perseguidor.

Un fotógrafo ambulante le tomó una foto y Héctor recogió mecánicamente el ticket.

La mujer volteó a mirarlo y le sonrió. Durante un instante, el mundo se detuvo.

En medio de una de las calles más transitadas de la ciudad de México, en

medio del humo gris del polvo de los coches, el ruido de los cláxons, las manchas azulosas de los orificios, las gentes que pasaban, el mundo se detuvo en la sonrisa fiel de perseguidor y perseguida. Héctor pensó que era la mirada de la leona hacia la mira telescópica lo que le sonreía. Se hizo el silencio y el amor brotó nuevamente. Héctor supo que nunca podría explicarlo, a nadie, nunca. Pero se había enamorado de esa mancha café claro coronada por una cola de caballo color castaño claro.

Y quizá, esa mancha era la muerte. Al llegar al edificio donde Héctor compartía su oficina con el plomero, la mujer volteó a verlo y luego, tras un instante, entró. Héctor esperó unos segundos, y luego caminó decidido hacia la puerta. Al fin, aquí trabajo; si me pregunta, aquí trabajo, pensó disculpándose; pero reaccionó a tiempo y decidió que él no tenía que disculparse de nada. Y ella lo sabía. Ella, si ella era el estrangulador y quién si no, tenía que saberlo. Y ella era.

El elevador señalaba una parada en el quinto piso antes de seguir su vuelo hacia las alturas. Héctor decidió subir a la oficina por la escalera para impedir que la mujer se escurriera.

Al llegar al cuarto, se sintió fatigado, y dudó un instante entre sentarse a fumar un cigarrillo en el rellano o proseguir la ascensión. Optó por sentarse, y mientras fumaba fue calmando el ritmo de su respiración y su angustia.

¿Qué quería la mujer? ¿Cuáles eran las reglas de este nuevo reto?

La mano buscó la pistola colocada en la cintura y la reacomodó. Una sombra se fue desplazando sobre el rellano del entrepiso superior. Héctor saltó arrojando el cigarrillo y fijó la vista en la oscuridad. El cubo del elevador transmitió una mancha de luz mientras el artefacto bajaba, y en la luz vislumbró durante un instante a la mujer de la limpieza.

—Buenos días don Héctor. Hacía tiempo que no lo veía.

—¿Cómo está, Conchita?, ¿le debo algo?

—No, ya pagó su socio, don Gilberto. Vea con él.

Y la mujer siguió su descenso arrastrando una escoba y un trapeador. Héctor siguió su ascenso.

BELASCOARÁN SHAYNE

Detective

GÓMEZ LETRAS

Plomero

Tocó a la puerta consciente de que la mujer estaría sentada en el recibidor, el sillón viejo en el que Héctor dormía a veces y donde Gilberto hacía el amor sábados y domingos con la secretaria de la Editorial Futuro: cama secundaria de uno, cama chica de otro.

—Quihúbole jovenazo. Qué, ¿aquí trabaja usted?

—¿No ha entrado nadie?

—Qué, ¿ahorita...? Ya lo vi, eh, en la televisión... Dice mi vieja que si no quiere venirse a cenar a la casa un día de estos.

—¿Hay alguien aquí, Gilberto?

—¿A dónde? ¿En la oficina?, no, no hay nadie.

—¿No ha venido nadie?

—Vino una señorita a encargarme un trabajo, de esos muy pendejos, de apretar llaves flojas, y de pasada tirarme a la sirvienta.

—¿Cómo era? Vestida de café claro... con una cola de caballo...

—Ah pillín, conque no quería que yo le apretara las llaves, quería que se las apretara usted... Con razón no sabía muy bien ni qué hacer ni qué pedir. Hasta me hice ilu...

—¿Hace cuánto que salió?

—Como cinco minutos.

Y Héctor salió corriendo por las escaleras, devorando escalones, saltando en los rellanos.

Pero ya no había nada.

Y se quedó nuevamente sentado en el mismo descansillo donde había fumado el cigarrillo y platicado con Conchita, y nuevamente las rutinas lo obligaron a llevar la mano a la bolsa superior de la camisa, tomar el cigarrillo y encenderlo.

Porque quizá no había nada porque nunca lo había habido, se dijo, y espiró una violenta columna de humo.

LA CIUDAD SE ALIMENTA de carroña. Como buitres, como hiena, mexicanísimo zopilote, sobre sus muertos nacionales. Y la ciudad estaba hambrienta. Fue por eso por lo que la nota roja chorreó sangre otra vez aquel jueves: un accidente entre un camión de línea y el ferrocarril de Cuernavaca con dieciséis muertos, y un compadre balaceado por su comadre «para que ya nunca llevara a su compadre de putas», y una anciana acuchillada para robarle trescientos pesos a la salida del metro y la represión de una huelga en la colonia Escandón con saldo de dos obreros heridos de bala y una vieja de una vecindad cercana intoxicada por los gases.

Pero el estrangulador no había actuado. En los últimos nueve días, ningún recorte se añadió al *collage* del piso de la oficina. Y Héctor, ante la mirada atenta de Gilberto Gómez Letras de oficio plomero y vecino, fumaba un cigarrillo tras otro e hilaba con una rueca extraña las ideas que le seguían llegando. Grandes y pequeñas, aumentadas y disminuidas por el roer cerebral, se iban yendo entre la brisa y el ruido de cláxons que entraba por la ventana.

Una tarde grisácea, Gilberto trabajaba, hacía sus pequeños chanchullos en las notas de cobro. Añadía con la punta chupada del lápiz dos pesos más a una tuerca de media pulgada, y subía el precio de la sosa para destapar caños.

Héctor, tumbado en el sillón de cuero, repasaba sus desconocimientos profundos de la muerte. Los hombres y la muerte.

Había cumplido con ciertas tareas obligadas, se había propuesto en el curso de aquella semana, tras la fugaz aparición que solo la verificación de Gilberto Gómez confirmaba, cerrar los agujeros, no dejar ninguna de las rutinas indispensables, y había cubierto fiel como perro callejero sus rutinas indescifrables, visita tras visita, alternando el peregrinar con sus estudios del fichero de estranguladores y sus visitas a la biblioteca universitaria. Los cementerios no le habían proporcionado nada nuevo: ni las tres tumbas del Panteón de Dolores, ni la de Ixtacalco, ni las dos de Tlalnepantla ni la del Español le habían añadido una visión más profunda del mundo de las asesinadas. Quizá, sin embargo, habían contribuido a darle una nueva aproximación a la muerte, a verificar un dato que de alguna manera la mente traidora de Héctor trataba de ocultar: que tras el extraño juego

entablado entre el estrangulador y él, se cruzaban cadáveres entrañablemente humanos, definitivamente inocentes, si se podía hablar de inocencia en un país donde los inocentes eran habitualmente pasados por las armas.

Pero las tumbas no decían nada. Nadie en torno a ellas, ninguna seña particular que revelara lo que andaba buscando. Solo manchas grises, lápidas, algunas flores marchitas, nombres simples de ortografía, fácilmente olvidables en la Gran Mancha de los cementerios. Quizá la muerte era lo único sólido, aunque vago, que había penetrado en el cascarón de Héctor, y con ella a cuestas, como una pequeña sombra molesta, deambulaba por los pasillos del cementerio.

Pero las tumbas no dijeron nada, y la tarde grisácea con algunas manchas de sol entre las nubes era el marco del cuadro sobre el que Héctor pasaba entre los trazos suaves de los cementerios.

Luego había rondado por las cantinas de Bucareli, donde los periodistas condenados a la nota roja se juntan, y había intentado sacar algo pagando un par de copas.

También había revisado con la misma intención ya un tanto rutinaria los recorres de periódico.

Y en el sillón exprimía una y otra vez las rutinas, recorría con la memoria los actos y las preguntas que se había hecho esa semana, y una gran bola blancuzca se le iba acomodando sobre los hombros mientras fumaba suavemente mecido por el aire y los ruidos de la ciudad que entraban por la ventana.

—¿Qué, salió algo? —preguntó Gilberto el plomero.

—Usted regrese a sus chanchullos —musitó Héctor con la mirada aún perdida en el techo.

—Pinche detective de mierda —murmuró Gilberto mientras lo miraba de reojo y siguió murmurando por lo bajito, mezclando el desprecio por los huevones pasivos con la admiración por los que salían en la televisión, la mezcla de extrañeza, estupor, desdén, aburrimiento e incompreensión con la que calibraba a su vecino.

—Ha de pensar que porque uno es plomero no sabe estrangular putas —dijo así como quien no quiere, como enseñando el as que falta para estropear la partida de los demás y que pacientemente se ha tenido cubierto.

Héctor no reaccionó. En el fondo se sentía cómodo. Tras largos esfuerzos había logrado colocar su cuerpo confortablemente en el sillón a pesar de que una de las piernas estaba prensada y la otra colgaba y que cada cuarto de hora tenía que moverlas para que no se le durmieran. Tardó en responder.

—Usted se ve muy puto para asesino.

Y volvió tranquilamente a chupar el cigarrillo momentáneamente detenido a mitad del aire.

Gilberto fingió distraerse, abstraerse, encerrarse en las notas, mientras se iba trabando de coraje. Héctor ni siquiera lo había mirado. Ni siquiera lo había mirado de frente.

—A ver si me pasa a su hermana para que vea qué tan puto soy —masculló.

Héctor intentó concentrarse. Había algo bailando entre toda la sopa de letras que estaba armando. La acción. LA ACCIÓN. Podía violentarse. Pero de una manera u otra, ya había pasado por eso. Porque la acción no era salir a darse de tiros con alguien a mitad de la calle, o saltar de un elevador en marcha, o correr a ciento cuarenta por hora por Insurgentes en un coche prestado, o acostarse con la asesina antes de descubrir la muerte en medio de un suspiro, un sollozo, una mirada como el hielo a mitad del amor. La acción, o LA ACCIÓN, era salir a la calle a rondar, a esperar que el otro saltara sobre la presa y el accidente lo prendiera a uno en las cercanías.

—No dije puto, dije bruto. Usted no estrangularía a una mujer, le arrimaría de tubazos; hace falta categoría para estrangular suavemente. Usted es el as de los del estilo rudo, con la llave Stilson y mocos, ahí acabó —dijo mientras observaba dos moscas *cojiendo* en el techo. Carajo, pensó, estaré en el umbral de un descubrimiento científico importante, nunca he leído nada sobre las moscas *cojiendo*, a lo mejor soy el primer ser humano que ve a dos moscas coger. Y yo así como así, tan tranquilo.

—Seré muy bruto, pero usted es muy pendejo. Pinche trabajo que ni le pagan —murmuró el plomero que había decidido no dar la batalla frontal.

¿Habría estado sabroso?, se preguntó Héctor mientras las moscas elevaban el vuelo ya separadas, y sonrió.

—Ahí cuando estrangule otra me avisa, mi estimado vecino —dijo y se levantó.

Con la gabardina tan arrugada, ya parecía Humphrey Bogart, pensó.

Y salió de nuevo a propiciar el accidente.

HABÍA CUIDADOSAMENTE dispuesto el escenario. Había puesto el amor en las cosas previas al encuentro: una vela aquí sobre un casco de refresco familiar, un bello pedazo de tela anaranjada como mantel, una gran barra de pan blanco y hasta una botella de vino importado. Y todo había ido tomando su lugar en el pequeño cuarto. Había incluso despegado del espejo del baño las fotos de las mujeres muertas que conservaba como necesario redescubrimiento cerca de su cara cuando comenzaba el día. Se había predispuesto a pensar, a no irritarse por no entender, había afinado su paciencia para oír, para oír y entender, para poder amar. Sabía que Elisa no necesitaba la simple presencia de un hermano medio loco, ni siquiera necesitaba una razón de otro para vivir. Y que había que ayudar. Era nuevo esto del amor fraterno, pensó. Y buscó un disco que ayudara a la espera, y recordó que en el pequeño cuarto no había tocadiscos. Encendió el radio sin darle demasiado volumen. Buscó lentamente una estación que probablemente nunca volvería a encontrar, y del pequeño aparato (un radio Royal Celtic de doscientos treinta y seis pesos al contado) salió una canción de amor de los nuevos cantantes cubanos. Una canción de amor muy particular, llena de recodos donde el amor de cada día era algo más. Encendió el cigarrillo final, el que daba pie para decir: «Ya está todo puesto, la mesa está servida», y caminó a la ventana, ordenando al pasar unos libros en la mesa al lado de la cama.

Una luna de Lorca brillaba en lo alto, el último grupo de niños iba jugando en la calle, de salida hacia la cena y la noche. Una pareja cruzaba el parque, un vecino salía a intentar comprar una cerveza para ver el boxeo en la tele acompañado. Una brisa suave que venía... que venía del mar, pensó Héctor.

hay amor que te vas como ave fugaz
y el plumaje lo has dejado en el nido

hay amor que te vas esperando encontrar
lo que nunca has hallado ni has de hallar

dijo el radio.

—CARAJO —dijo Héctor, sonriente.

Deambuló buscando algo fuera de lugar, algo que reacomodar, buscando un justo equilibrio metafísico, un balance ideal; pero todo parecía estar dispuesto, excepto quizá el propio Héctor Belascoarán Shayne, que parecía un poco fuera de lugar, un poco desplazado del ambiente preciso y amable en el que había convertido su refugio nocturno.

eras un camino muerto por los años
y el dolor
de no ser camino

dijo el radio.

—CARAJO —dijo Héctor—. Y si de repente cae la bomba y estalla la revolución, qué carajo hago —pensó, completando la llamarada que crecía nuevamente en el pecho.

Tapó la olla con la carne asada para que no se escapara el calor y escuchó el timbre salvador de tanta mierda y maldita soledad.

Caminó suavemente, reciamente hacia la puerta.

—Hermano lindo —dijo Elisa.

—Familia —susurró Héctor.

—México —dijo Carlos.

Fue una canción de Pablo Milanés, voz nueva de Cuba

dijo el radio.

«Hasta luego», resonó la voz del asesino en el cerebro de Héctor, la voz que venía a través de los cables del teléfono.

—Uy, qué elegante —dijo Elisa mientras con los ojos recorría el cuarto en redondo.

—¿Este es el cubil? —preguntó Carlos.

—Amén —dijo Héctor.

Quando ya nada se esperaba personalmente
exaltante, más se palpita y se
sigue más allá de la corriente

inició Paco Ibáñez en el radio.

Héctor abrazó sólido y fuerte a sus dos hermanos y después de elevarlos por los aires, los depositó en los asientos y comenzó a servir la cena. Elisa era más Shayne que Belascoarán. Más pelirroja que sólida y robusta, más sonriente y dulce que brutalmente amorosa, más canción de cuna que barco de vela.

Y Héctor pensaba esto mientras servía.

¿Cómo había dicho Carlos? A uno se lo traga el sistema, a otro lo corrompe y al tercero lo mata. ¿Cómo estarían ahora redistribuidos los roles, después de mi defección de las filas del monstruo?

—Es un huevito, linda pero diminuta tu casa —dijo Elisa.

—El colmo sería si cocinas bien —dijo Carlos.

—¿Y qué locura es esa del estrangulador, y eso del premio de los sesenta y cuatro mil? —preguntó Elisa.

—¿Cómo anda mamá? —preguntó Héctor.

La botella de vino rosado hizo «pop» y Héctor contempló un instante la luz suave del farol que entraba por la ventana.

Elisa y Carlos se habían liado en una amable discusión sobre el clima en Canadá, mezclada con apreciaciones sobre las diferencias en acento de los canadienses orientales y los norteamericanos, discusión que se aproximaba lentamente a un intento de apreciación política del colonialismo norteamericano en Canadá.

Y Héctor se vio desde lejos, vio el cuadro familiar.

Aún no habían cumplido los treinta años.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó. Se hizo un pequeño silencio. Como un globito en blanco, se formó sobre los tres personajes de una revista de caricaturas. Un globito en el que el dibujante debería poner algo. Y puso:

—No sé.

—¿Dónde vas a vivir? —volvió a preguntar Héctor.

—Parece que mamá me ha acogido, pero es evidentemente temporal. Ella quiere mantener su apacible soledad a la que tanto trabajo le ha costado llegar.

—Yo te daría asilo, pero... —dijo Carlos.

—Aquí también —sugirió Héctor.

—Vaya par de mustios solterones —rio Elisa—. Podría vivir una semana en cada cuarto, pero francamente a la hora de despertar íbamos a tropezar unos con otros.

El teléfono sonó cuando los pasos de Carlos y Elisa aún hacían el eco final en la escalera. Tras el primer escalofrío, Héctor comenzó a esbozar una sonrisa. Ahí estaba nuevamente el enemigo, la gota de sangre deslizándose por el filo del puñal en la noche de invierno. Esperó a que sonara dos veces y luego, encendiendo un cigarrillo se acercó a contestar. Tomó firmemente el auricular.

—Buenas noches. Belascoarán Shayne al habla.

—¿Bella noche, no? Una noche en la que el frío apenas si se siente si uno no tiene deudas. Si uno no ha matado a nadie. Si uno no tiene nada que perder.

—Una bella noche, no cabe duda, en la que los jodidos como yo, o como tú, o como nosotros estamos esperando algo... ¿A lo mejor es el final? ¿El desenlace? Y debes pensar que fue un bello juego, como yo lo pensaría si no hubiera visto una y otra vez las fotos de las mujeres que han muerto sin deberle nada a nadie, sin dejar gran cosa atrás... Un novio, una clase en la secundaria a medio terminar, un bloc de taquigrafía, un peso de pan que nunca llegó a la mesa de la casa.

—No entiendes —dijo de repente la voz que esperaba escuchar. La voz que salió del silencio. Y Héctor estaba esperando la voz, por eso, ahora él hizo el silencio y jugó el resto de su parte del juego.

—No fue así...

Era una voz gruesa, probablemente disfrazada o alterada. Ni de hombre ni de mujer. Sin embargo, una voz cálida en medio del ronquido que soplaba el pecho.

—¿Por qué me buscas?

—No lo sé —respondió Héctor—. Aún no lo sé. Cuando estemos enfrente podremos adivinar si el camino ha sido cubierto, si la pregunta final podrá ser contestada. Por ahora, yo vuelvo al sueño. Buenas noches.

—No estabas durmiendo —dijo la voz.

Héctor depositó el teléfono sobre el sillón sin hacer ruido y salió deslizándose a la calle. A lo lejos los ojos encontraron inmediatamente lo que estaba buscando. Alguien estaba hablando desde la caseta de la esquina. Distinguió una chamarra café. Y corrió ciegamente hacia ella. En medio de la noche, esa, su noche.

Los pies furiosos arrancan la carrera, pedazos microscópicos de goma y polvo vuelan bajo las suelas de los zapatos. Héctor expulsa angustiado la bocanada de aire. La silueta en la cabina voltea y contempla el vértigo que cae sobre ella, apenas sí tímidamente reacciona deteniendo las puertas de la cabina.

—Ahorita la desocupo —dijo el adolescente melenudo de chamarra café—. Ya casi termino.

Héctor sonrió embarazado, y para disimular la metida de pata se puso a silbar el tema de *Casablanca* que Humphrey Bogart tocaba en el piano.

Y silbe y silbe hizo un mutis, como Humphrey Bogart al acabar de tocar.

Se fue a colgar el teléfono.